

Elizabeth Jane Howard

**Los años ligeros**  
Crónicas de los Cazalet

Traducción del inglés de  
Celia Montolio

 Siruela

Nuevos Tiempos

# Índice

## **Primera parte**

Lansdowne Road, 1937 17

Home Place, 1937 80

## **Segunda parte**

Finales de verano, 1938 195

*Para Jenner Roth*

William Cazalet ♂ Kitty Barlow  
(the Brig) (the Duchy)  
*n.* 1867 *n.* 1860

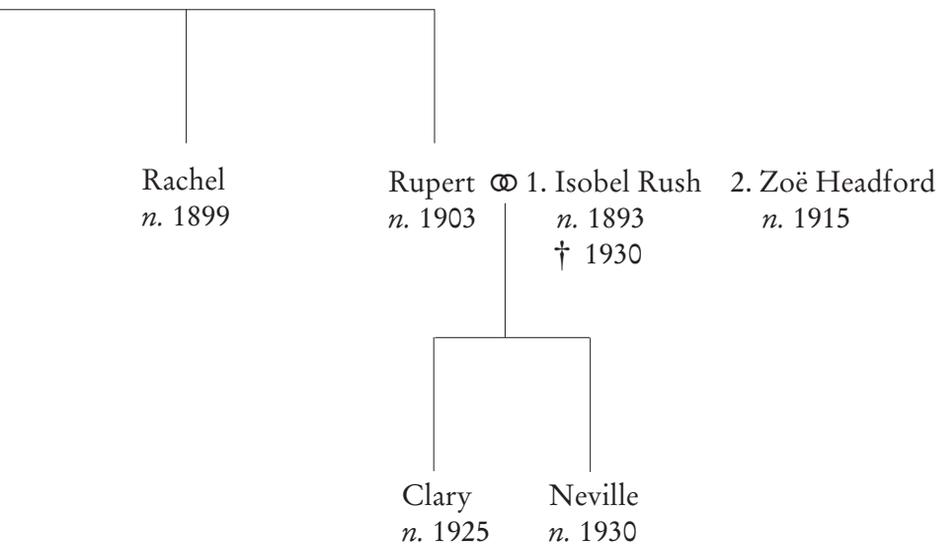
Hugh ♂ Sybil Carter  
*n.* 1896 *n.* 1899

Edward ♂ Viola Rydal  
*n.* 1897 *n.* 1896

Polly Simon William  
*n.* 1925 *n.* 1926 *n.* 1937

Louise Teddy Lydia  
*n.* 1923 *n.* 1924 *n.* 1931

*Árbol genealógico  
de la familia Cazalet*



*Las familias Cazalet  
y su personal doméstico*

**Casa de:**

WILLIAM CAZALET (el Brigada)

**Kitty** (la Duquesita), su esposa

**Rachel**, su hija soltera

*Personal doméstico:*

Sra. Cripps (cocinera)

Eileen (doncella)

Peggy y Bertha (criadas)

Dottie (ayudanta de cocina)

Tonbridge (chófer)

McAlpine (jardinero)

Wren (mozo de cuadra)

Billy (ayudante del jardinero)

**Casa de:**

HUGH CAZALET, primogénito

**Sybil**, su esposa

*Hijos:*

Simon

Polly

William (Wills)

*Personal doméstico:*

Nanny (aya)

Inge (criada alemana)

**Casa de:**

EDWARD CAZALET, segundo hijo

Villy, su esposa

*Hijos:*

Louise

Teddy

Lydia

*Personal doméstico:*

Emily (cocinera)

Phyllis (doncella)

Edna (criada)

Nanny (aya)

Bracken (chófer)

Edie (asistente en el campo)

**Casa de:**

RUPERT CAZALET, tercer hijo

Zoë (segunda esposa)

Isobel (falleció en el parto de Neville)

*Hijos de Rupert e Isobel:*

Clarissa (Clary)

Neville

Isobel

*Personal doméstico:*

Ellen (niñera)

**Casa de:**

JESSICA CASTLE (hermana de Villy)

Raymond, su marido

*Hijos:*

Angela

Christopher

Nora

Judy

# PRIMERA PARTE

# Lansdowne Road

1937

El día comenzó a las siete menos cinco, cuando el despertador de Phyllis (regalo de su madre cuando entró a servir) sonó y siguió sonando y sonando hasta que lo apagó. La otra cama de hierro chirrió mientras Edna, refunfuñando, se daba la vuelta y se acurrucaba contra la pared; incluso en verano detestaba levantarse, y a veces en invierno Phyllis tenía que arrancarle las sábanas de un tirón. Se incorporó, se soltó la redecilla y empezó a quitarse los rulos: aquel día tenía la tarde libre, y se había lavado el pelo. Salió de la cama, recogió el edredón, que se había caído al suelo durante la noche, y recorrió las cortinas. La luz del sol renovó la habitación, convirtiendo el linóleo en tofe, tiñendo de azul pizarra el descascarillado esmalte blanco del aguamanil. Se desabrochó el camisón de franela y se lavó como le había enseñado su madre: la cara, las manos y, recatadamente y con una manopla mojada en el agua fría, las axilas. «Date prisa», le dijo a Edna. Echó las lavazas al cubo y empezó a vestirse. Primero se quitó el camisón y, dejándose puesta la ropa interior, se colocó el uniforme de mañana de algodón verde oscuro. Se plantó la cofia sobre los enmarañados tirabuzones y se ató el delantal a la cintura. Edna, que se lavaba mucho menos por la mañana, consiguió vestirse sin salir del todo de la cama: un vestigio del invierno (en el dormitorio no había calefacción y jamás de los jamases abrían la ventana). A las siete y diez ambas estaban listas para bajar en silencio por la casa dormida. Phyllis se detuvo en el primer piso y abrió la puerta de un dormitorio. Descorrió las cortinas y oyó al periquito rebullendo impaciente en su jaula.

— ¡Señorita Louise! Las siete y cuarto.

— ¡Ay, Phyllis!

— Me pidió que la despertase.

— ¿Hace bueno?

— Hace un sol espléndido.

—Quítale el trapo a Ferdie.

—Si no se lo quito, tardará usted menos en salir de la cama.

En la cocina, que estaba abajo en el sótano, Edna ya había puesto el agua a hervir y estaba colocando las tazas sobre la mesa recién fregada. Había que preparar dos teteras: la marrón oscuro con rayas para las criadas (además de la taza que le subía Edna a Emily, la cocinera) y, para el piso de arriba, la de porcelana blanca, que ya estaba sobre la bandeja con sus tazas, sus platitos, su jarrita de leche y su azucarero a juego. Del té de la mañana del señor y la señora Cazalet se encargaba Phyllis. Después recogía las tazas de café y los vasos del salón, que Edna ya habría empezado a ventilar y a limpiar. Pero antes les esperaba su taza de té indio, fuerte y humeante. En el piso de arriba se bebía té chino, del que Emily decía que aborrecía hasta el olor, y más aún beberlo. Se lo tomaron de pie, sin remover siquiera el azúcar lo necesario para disolverlo.

—¿Qué tal va tu granito?

Phyllis se tocó con cautela un lado de la nariz.

—Parece que está bajando un poco. Menos mal que no me lo reventé.

—Te lo dije. —Edna, que no tenía granos, era toda una autoridad al respecto; sus consejos, profusos, gratuitos y movidos por un espíritu de contradicción, eran, con todo, reconfortantes, y Phyllis se los tomaba como una muestra de interés.

—Ya, pero no creo que con esto nos vayamos a hacer millonarias.

Ni con esto ni con nada, pensó Edna, mohína; y vale, puede que Phyllis tuviera problemas con su cutis, pero también tenía mucha suerte. A Edna le parecía que el señor Cazalet era un encanto, y, a diferencia de Phyllis, no le veía en pijama todas las mañanas.

Nada más cerrar Phyllis la puerta, Louise se levantó de un salto y quitó el trapo de la jaula. El pájaro empezó a brincar como si estuviera asustado, pero Louise sabía que estaba contento. La habitación, que daba al jardín de atrás, recibía un poco del sol de la mañana, lo cual le parecía bueno para el pájaro, y la jaula estaba sobre la mesa de enfrente de la ventana, junto a la pecera. Era una habitación pequeña y estaba abarrotada de sus cosas: sus programas de teatro, las condecoraciones y dos copas minúsculas que había ganado en sendas yincanas, sus álbumes de fotos, el cofrecito de madera de boj con cajones poco profundos en los que guardaba

su colección de conchas, sus animales de porcelana sobre la repisa de la chimenea, su labor de punto; sobre la cómoda, además de su preciado pintalabios Tangee que parecía naranja chillón pero que una vez puesto quedaba rosa, la crema fría de Pond's y una lata de polvos de talco Amapola de California, su mejor raqueta de tenis y, sobre todo, sus libros, que iban desde *Winnie the Pooh* hasta sus más recientes y apreciadas adquisiciones: dos volúmenes de la editorial Phaidon de reproducciones de Holbein y Van Gogh, en estos momentos sus dos pintores favoritos. Había una cómoda llena de ropa que casi nunca se ponía y un escritorio —regalo de su padre por su último cumpleaños— hecho a partir de un tronco de roble inglés que al parecer tenía una veta singularmente insólita y que contenía sus tesoros más secretos: una fotografía de John Gielgud con su autógrafo, un minúsculo montoncito de cartas que le había escrito su hermano Teddy desde el colegio (de tono deportista y frívolo, pero las únicas cartas que poseía escritas por un chico) y su colección de lacre..., seguramente, pensaba, la mayor de todo el país. La habitación también contenía un gran baúl viejo lleno de ropa para disfrazarse: vestidos de noche que su madre ya no usaba, vestidos tubo con bordados de cuentas, gasas y rasos, chaquetas de terciopelo estampadas, pañuelos y chales vaporosos y vagamente orientales de otros tiempos, boas de plumas sucias y seductoras, una bata china bordada a mano, traída por algún familiar de algún viaje, pantalones y túnicas de satén..., chismes perfectos para las piezas teatrales que representaban en familia. Al abrirlo, el baúl olía a un perfume antiquísimo, a naftalina y a emoción... Este último aroma era vagamente metálico y procedía, pensaba Louise, de los deslustrados hilos de oro y plata de algunas de las prendas. Disfrazarse y actuar era cosa del invierno; ahora estaban en julio, y las eternas y maravillosas vacaciones de verano estaban a la vuelta de la esquina. Se puso una túnica de lino con una camisa Aertex —escarlata, su color favorito— y salió a pasear a Derry.

Derry no era su perro. No le dejaban tener uno, de modo que cada mañana, en parte para alimentar su resentimiento a este respecto, sacaba a un provecto bull terrier vecino a dar una vuelta a la manzana. Y también en parte lo sacaba porque la casa en la que vivía el perro la fascinaba. Era enorme —se veía desde el jardín de atrás—, pero no se parecía en nada a su casa ni, de hecho, a la casa de ninguno de sus amigos. Allí no había niños. El criado siempre se iba a buscar a Derry nada más abrirle la puerta, lo cual permitía a Louise pasearse por el *hall* de mármol blanco y negro y acercarse hasta los

portones abiertos de una galería que daba al salón. Cada mañana, esta habitación amanecía sumida en el opulento desorden que sucede a las fiestas: olía a cigarrillos egipcios —como los que fumaba la tía Rachel— y siempre estaba llena de flores de las aromáticas: jacintos en primavera, lilas en esta época, claveles y rosas en invierno; había cojines de seda de colores tirados por doquier, y montones de vasos, cajas de chocolatinas destapadas y, a veces, mesas de juego con barajas de cartas y cuadernitos con lapiceros con borlas para marcar los tantos. Siempre estaba en penumbra, con las cortinas de seda color crema medio corridas. Louise tenía la impresión de que los dueños —a los que nunca veía— eran increíblemente ricos, probablemente extranjeros y posiblemente bastante decadentes.

Era aburridísimo sacar a Derry (del que se pensaba que tenía trece años, noventa y uno según la Tabla de Edades de Perros que había elaborado Louise), pues estaba para poco más que para dar un paseíto con frecuentes e interminables paradas cada pocas farolas. Pero a Louise le gustaba llevar un perro con correa, le permitía sonreír a la gente con aires de propietaria que daban a entender que era suyo, y además vivía con la esperanza de que alguno de los ocupantes de la casa o de sus decadentes amigos apareciese desmayado en el salón y ella pudiese examinarlo de cerca. El paseo no podía ser largo porque tenía que ensayar una hora hasta el desayuno, que era a las nueve menos cuarto, y antes tocaba un baño de agua fría porque papá decía que era muy bueno para la salud. Tenía catorce años, y, aunque a veces se sentía muy joven y dispuesta a todo, otras veces se sentía vieja y lánguida..., y cuando se trataba de hacer cualquier cosa que se esperase de ella, agotada.

Después de devolver a Derry, se encontró con el lechero, a cuya poni Peggy conocía bien porque había sembrado hierba para ella en un trozo de franela: y es que Peggy nunca salía al campo, y cualquiera que hubiese leído *Belleza negra* sabía lo terrible que era para un caballo no pisar nunca un prado.

—Un día magnífico —observó el señor Pierce mientras Louise acariciaba el hocico de Peggy.

—¿A que sí?

«Más de una vez he visto gloriosa alborada...», murmuró Louise cuando hubo pasado de largo. Cuando se casara, su marido la consideraría excepcional porque se le ocurrían citas de Shakespeare para todo, para cualquier cosa que pasara. Por otro lado, quizá no se casara con nadie, porque Polly decía que el sexo era muy aburrido y que sin él no podías interesarte en serio por el matrimonio. A no

ser que Polly se equivocase, claro; le pasaba a menudo, y Louise se había fijado en que cuando estaba en contra de algo decía que era aburrido. «No tienes ni idea, George», añadía. El padre de Polly llamaba George a todas las personas desconocidas, bueno, a todos los hombres desconocidos, y era una de sus frases favoritas. Louise llamó tres veces al timbre para que Phyllis supiera que era ella. «¡Que a matrimonio de alma y alma verdadera no haya impedimentos!». Sonaba un poco como una concesión, pero también noble. Ojalá fuera egipcia, y así podría casarse con Teddy, como hacían los faraones; a fin de cuentas, Cleopatra era el fruto de seis generaciones de incesto, fuera lo que fuera el incesto. La mayor desventaja de no ir a un colegio era que aprendías cosas muy diferentes, y en las vacaciones de Navidad había cometido el estúpido error de fingir ante su prima Nora, que sí iba, que el sexo no encerraba ningún misterio para ella, con lo cual no había obtenido ninguna información. A punto estaba de llamar otra vez cuando Phyllis abrió la puerta.

—A ver si va a entrar Louise.

—Tonterías. Estará por ahí con el perro. —Antes de que pudiese decir nada más, apretó la boca, cuyo labio superior estaba bordeado por un hirsuto bigote, contra la de ella. Al cabo de unos instantes de esta guisa, Villy se subió el camisón y él se puso encima. «Villy, cariño», dijo tres veces antes de correrse. Decir «Viola» siempre había sido superior a sus fuerzas. Cuando hubo terminado, soltó un profundo suspiro, apartó la mano de su pecho izquierdo y le besó el cuello.

—Té chino. No sé cómo te las apañas para oler siempre a violetas y té chino. ¿Ha estado bien? —añadió. Siempre lo preguntaba.

—Sí, fenomenal. —Villy se decía para sus adentros que era una mentira piadosa, y con el paso de los años casi había adquirido un eco íntimo y agradable. Pues claro que le quería, con que, ¿qué otra cosa iba a decir? Al fin y al cabo, el sexo era cosa de hombres. Nadie esperaba que les interesase a las mujeres, al menos a las mujeres como es debido, pero su propia madre le había insinuado (la única vez que había tocado el tema, siquiera de forma leve) que no había error más grave que rechazar al marido. De manera que jamás le había rechazado, y si, dieciocho años antes, había sufrido cierta conmoción acompañada de un dolor agudo cuando descubrió lo que sucedía en realidad, la práctica había suavizado estos sentimientos hasta convertirlos en una paciente aversión, y a la vez

era una manera de demostrar su amor que le parecía que debía de ser la correcta.

—Prepárame un baño, cariño —dijo al ver que su marido salía de la habitación.

—Ahora mismito.

Villy empezó una segunda taza de té, pero como estaba frío lo dejó, se levantó y abrió el gran armario de caoba para elegir qué se iba a poner. Por la mañana tenía que llevar a Nanny y a Lydia a Daniel Neal para comprar ropa de verano, y luego había quedado a comer con Hermione Knebworth antes de pasarse por su tienda a ver si se decidía por un par de vestidos de noche; en esta época del año, Hermione solía tener cosas que quería liquidar antes de que la gente saliera de veraneo. Después tenía que ir de todas todas a ver a su madre, ya que la víspera le había sido imposible, aunque no podía quedarse mucho rato porque tenía que volver a casa a cambiarse para ir al teatro y a cenar con los Waring. Pero no podía presentarse en la tienda de Hermione sin al menos procurar ir elegante. Se decidió por el traje de lino beis con ribete de cinta azul marino que se había comprado allí el año anterior.

La vida que llevo, pensó (la idea, lejos de ser nueva, era recurrente), es la vida que se espera de mí: lo que esperan los niños, lo que mamá siempre ha esperado y, por supuesto, lo que espera Edward. Es lo que tiene estar casada, y la mayoría de las mujeres no se casan con un hombre tan guapo y tan simpático como Edward. Pero alejar de su conducta la idea de la elección (o la elección después de una fecha muy temprana) añadía la deseable dimensión del deber: ella era una persona seria condenada a un tipo de vida más superficial que el que su naturaleza habría sido capaz de asumir (en circunstancias muy distintas). No es que fuera infeliz, sino, sencillamente, que habría podido ser mucho más de lo que era.

Al cruzar el descansillo que daba al enorme vestidor de su marido, donde estaba la bañera de ambos, oyó a Lydia gritándole a Nanny en el piso de arriba, lo cual significaba que esta estaba haciéndole las trenzas. Abajo, un ejercicio de Von Büllow en do mayor empezó a sonar en el piano. Louise estaba ensayando.

El comedor tenía unas cristaleras que daban al jardín. Estaba dotado de lo imprescindible: un precioso juego de ocho sillas Chippendale, regalo de boda del padre de Edward; una gran mesa de madera de albizia que en estos momentos estaba cubierta por un trapo blanco;

un aparador con infiernillos sobre los que había riñones, huevos revueltos, tomates y beicon; paredes color crema; varios cuadros hechos con chapa de madera teñida; candelabros (imitación del estilo Adam) con pantallitas en forma de concha, un fuego de gas en la chimenea y una vieja y maltrecha butaca de cuero en la que a Louise le encantaba acurrucarse a leer. El efecto general era de una fealdad mortecina, pero, a excepción de Louise, a quien le parecía soso, nadie reparaba en ello.

Lydia estaba a la mesa sujetando el cuchillo y el tenedor como si fueran las dos levas del Tower Bridge a medio abrir, mientras Nan picaba tomates y beicon. «Como me des riñones, los escupo», le había dicho. Buena parte de la conversación mañanera con Nan consistía en amenazas por ambos lados, pero, como ninguna desafiaba a la otra a llevarlas a cabo, era difícil saber cuáles habrían sido las consecuencias si una de las dos lo hubiera hecho. Así las cosas, Lydia sabía perfectamente que a Nan jamás se le ocurriría cancelar la salida a Daniel Neal, y Nan sabía que a Lydia jamás se le ocurriría escupir los riñones ni ninguna otra cosa delante de su padre. Él, su padre, se había inclinado para besarle la coronilla como hacía cada mañana, y Lydia olió su maravilloso aroma a madera mezclado con agua de lavanda. Ahora estaba presidiendo la mesa, sentado ante un gran plato en el que había un poco de todo y con el *The Telegraph* apoyado contra el platito de la mermelada. A él los riñones no le disgustaban. Los cortó y salió aquella sangre tan repugnante, que rebañó con pan frito. Lydia sorbió ruidosamente su leche para que la mirase. En invierno, papá comía de esos pobrecillos pájaros muertos que mataba con la escopeta: perdices y faisanes con garras negras pequeñas y estrujadas. No la miró, pero Nan cogió la taza de Lydia y la puso fuera de su alcance. «Acábate el desayuno», dijo con esa voz tranquila y especial que reservaba para las comidas del comedor.

Llegó su madre. Miró a Lydia con su preciosa sonrisa y rodeó la mesa para ir a besarla. Oía a paja y a un tipo de flor que estuvo a punto de hacer estornudar a Lydia. Tenía un precioso pelo rizado, pero con vetas canosas que a Lydia le parecían preocupantes porque no quería que se muriera nunca, pues la gente con canas podía morirse fácilmente.

—¿Dónde está Louise? —preguntó su madre; una pregunta tonta, la verdad, porque todavía se la oía ensayar.

—Voy a decírselo —se ofreció Nan.

—Gracias, Nan. Puede que se haya parado el reloj del salón.

Su madre desayunó cereales, café y tostadas, todo ello acompañado de su jarrita de crema de leche. Estaba abriendo su correspondencia, cartas que pasaban por la puerta principal deslizándose sobre el suelo reluciente del *hall*. Lydia había recibido correspondencia una vez: para su último cumpleaños, cuando hizo los seis. Aquel día también había montado en elefante, había echado té a la leche y se había calzado su primer par de zapatos de cordones. Le parecía que había sido el mejor día de su vida, lo cual era decir mucho, teniendo en cuenta la de días que llevaba ya vividos. La música de piano había cesado y entró Louise seguida de Nan. Lydia adoraba a Louise, que era mayorcísima y en invierno llevaba medias.

En este momento, Lou estaba diciendo:

— Vas a comer fuera, mamá; lo adivino por tu ropa.

— Sí, cariño, pero estaré de vuelta para veros antes de que salgamos papá y yo.

— ¿Adónde vais?

— Al teatro.

— ¿Qué vais a ver?

— Una obra llamada *El carro de las manzanas*. De George Bernard Shaw.

— ¡Qué suerte tenéis!

Edward levantó la vista del periódico.

— ¿Con quién vamos?

— Con los Waring. Primero cenaremos con ellos, a las siete en punto. Corbata negra.

— Dile a Phyllis que me prepare las cosas.

— Yo jamás voy al teatro.

— ¡Louise! No es cierto. Siempre vas en Navidad. Y como cosa especial para tu cumpleaños.

— Las cosas especiales no cuentan. Me refiero a que no voy normalmente. Si va a ser mi profesión, debería ir.

Villy no hizo caso. Estaba mirando la portada del *Times*.

— Vaya por Dios. Ha muerto la madre de Mollie Strangway.

— ¿Cuántos años tenía? — quiso saber Lydia.

Villy alzó la mirada.

— No sé, cariño. Supongo que sería muy mayor.

— ¿Tenía la cabeza llena de canas?

— ¿Cómo deciden en el *Times* a quién sacar de todas las personas que se mueren? Seguro que en el mundo se mueren muchísimas más personas que las que caben en una página. ¿Cómo eligen a quién sacar? — dijo Louise.

—No eligen. La gente que quiere que los saquen paga —explicó su padre.

—Si fueras el rey, ¿tendrías que pagar?

—No; él es diferente.

Lydia, que había dejado de comer, preguntó:

—¿Hasta cuándo vive la gente? —Pero lo dijo muy bajito y nadie pareció oírla.

Villy, que se había levantado a servirse más café, se fijó en la taza de Edward y se la volvió a llenar a la vez que decía:

—Es el día libre de Phyllis, así que ya me encargo yo de tu ropa. Intenta no volver muy tarde.

—¿Hasta cuándo viven las madres?

Al ver la cara de su hija, Villy se apresuró a decir:

—Una eternidad. Piensa en mi madre, y en la de papá. Las dos son muy muy ancianas y las dos están bien.

—Claro que siempre pueden asesinarla a una; eso puede pasar a cualquier edad. Acuérdate de Tybalt. Y de la Princesa de la Torre.

—¿Qué significa «asesinar»? Louise, ¿qué significa asesinar?

—O puedes ahogarte en el mar. Un naufragio... —añadió con tono soñador. Se moría de ganas de naufragar.

—Louise, haz el favor de callarte. ¿No ves que la estás disgustando?

Pero era demasiado tarde. Lydia había prorrumpido en sollozos entrecortados. Villy la cogió y la abrazó. Avergonzada, Louise se sofocó y se puso de mal humor.

—Venga, cosita mía. Ya verás cómo llego a ser muy viejecita, y tú serás mayor y tendrás hijos grandotes como tú que llevarán zapatos de cordones...

—¿Y chaquetas de montar? —Seguía sollozando, pero quería una chaqueta de montar (de *tweed*, con la espalda abierta y bolsillos, para llevarla cuando montase a sus caballos), y le parecía un buen momento para conseguirla.

—Ya veremos. —Volvió a dejar a Lydia en la silla.

—Acábate la leche —dijo Nan. Lydia tenía sed, así que se la acabó.

Edward, que había mirado a Louise con el ceño fruncido, dijo:

—Y yo, ¿qué? ¿No quieres que yo también viva para siempre?

—No tanto..., bueno, sí, sí que quiero.

Louise dijo:

—Yo sí. Cuando tengas más de ochenta años, te llevaré en silla de ruedas, desdentado y babeando.

Tal y como había esperado, su padre se rio a carcajadas, y Louise volvió a gozar de su favor.

—Estoy deseando que llegue el momento. —Edward se levantó y salió de la habitación con el periódico.

—Se ha ido al servicio. A hacer aguas mayores —dijo Lydia.

—Ya está bien —interrumpió Nanny con tono severo—. No se habla de este tipo de cosas durante las comidas.

Lydia se quedó mirando a Louise con ojos carentes de expresión, moviendo la boca en silencio como un pavo glugluteando. Louise, como esperaba que hiciera, se echó a reír.

—Niñas, niñas —dijo débilmente Villy. A veces Lydia era para morir de risa, pero había que tener en cuenta el *amour propre* de Nanny.

—Vete arriba, cariño. Venga, que falta poco para irnos.

—¿A qué hora quiere que estemos listas, señora?

—A eso de las diez, Nanny.

—Ven a ver mis caballos. —Lydia se había escabullido de la silla y había echado a correr hacia las cristaleras, que Louise le abrió—. Ven. —Agarró la mano de Louise.

Sus caballos estaban atados a la verja del jardín trasero. Eran palos largos de diferentes colores: un trozo de árbol de plátano era el caballo picazo; un palo plateado era el rucio, y un pedazo de haya recogido en Sussex, el alazán. Todos tenían elaborados ronzales hechos con trocitos de cuerda, y al lado de cada uno había macetas con briznas de hierba y cartones con sus nombres escritos con tizas de colores. Lydia desató al rucio y se puso a galopar por el jardín. De vez en cuando daba un torpe saltito y regañaba a su cabalgadura.

—No corcovees tanto. Mira cómo cabalgo —gritó—. ¡Lou! ¡Mírame!

Pero Louise, que temía contrariar a Nan y que en cualquier caso disponía de casi una hora antes de que llegase la señorita Milliment y quería acabar de leer *Persuasión*, se limitó a decir:

—Ya te he visto. Te he estado mirando. —Y se marchó, como un adulto más.

Edward, después de besar a Villy en el *hall* y de que Phyllis le diese su sombrero de fieltro (en otras épocas del año le ayudaba siempre a ponerse el abrigo), cogió su ejemplar del *Boletín de la Industria Maderera* y salió. El Buick, negro y reluciente, lo esperaba a la puerta

de casa. Como de costumbre, en el asiento del conductor entrevió, inmóvil como una figura de cera, a Bracken, que al verle aparecer reaccionó como si le hubiesen pegado un tiro y, bajándose de un salto, se abalanzó sobre la puerta trasera para abrírsele.

—Muy buenas, Bracken.

—Buenos días, señor.

—Al muelle.

—Muy bien, señor.

Después de cruzar estas palabras —las mismas cada mañana, a no ser que Edward quisiera ir a algún otro lugar—, nada más se dijo. Edward se apalancó cómodamente y empezó a hojear la revista con aire distraído; pero no la estaba leyendo, sino repasando la jornada que tenía por delante. Al cabo de un par de horas de atender a la correspondencia en la oficina, iría a echar un vistazo a las muestras de láminas de olmo que habían comprado, procedentes de los escombros del viejo puente de Waterloo. La madera llevaba ya un año secándose, pero habían empezado a cortarla la semana anterior, y ahora, por fin, iban a descubrir si la corazonada del Jefe había sido un acierto o un desastre. Era emocionante. Después le esperaba una comida en el club con un par de tipos de la compañía de ferrocarriles Great Western, que casi seguro tendría como resultado un pingüe pedido de caoba. Por la tarde, reunión de directores con el Jefe y con su hermano y firma de cartas, y tal vez luego le diese tiempo a tomarse un té con Denise Ramsay, que tenía la doble ventaja de que su marido viajaba mucho al extranjero por motivos de negocios y de que no tenía hijos. Pero, como todas las ventajas, era un arma de doble filo: Denise era demasiado libre y, por tanto, estaba demasiado enamorada de él, cuando, a fin de cuentas, la idea nunca había sido que «lo nuestro» —como lo llamaba Denise— fuese algo serio. Al final puede que no le diese tiempo a verla, pues tenía que volver a casa a cambiarse para ir al teatro.

Si alguien le hubiese preguntado si estaba enamorado de su mujer, Edward habría contestado que por supuesto que sí. No habría añadido que, a pesar de dieciocho años de relativa felicidad y confort y de tres hijos maravillosos, a Villy no le hacía mucha gracia esa faceta de la vida que tenía que ver con la cama. Esto era muy habitual entre las esposas; un pobre desgraciado del club, Martyn Slocombe-Jones, le había confesado una vez, a altas horas de la noche y tras una partida de billar y cantidades ingentes de un excelente oportó, que su esposa lo aborrecía tanto que solo le dejaba hacerlo cuando quería un hijo. Era una mujer tremendamente atractiva,

además, también una esposa estupenda, como había dicho Martyn..., pero en otros aspectos. Tenían cinco hijos, y Martyn no creía que fuese a consentir en tener un sexto. Qué faena para Martyn. Cuando Edward le había sugerido que buscara consuelo en otro lugar, aquel se había limitado a mirarle con sus tristes ojos castaños y había dicho: «Pero es que estoy enamorado de ella, chaval, siempre lo he estado. Nunca he mirado a otra. Ya me entiendes». Y Edward, que no le entendía, dijo que por supuesto que sí. En cualquier caso, aquella conversación le había disuadido de acercarse a Marcia Slocombe-Jones. Tampoco era que le importase, porque, aunque podría haberlo intentado con ella, había montones de chicas más. ¡Qué afortunado era! ¡Haber vuelto de Francia no solo vivo, sino relativamente ileso! En invierno, el pecho le molestaba un poco por culpa de la vida en las trincheras, donde el gas había estado flotando en el aire durante semanas enteras, pero por lo demás... Había vuelto, se había incorporado directamente a la empresa familiar, había conocido a Villy en una fiesta y se había casado con ella tan pronto como hubo vencido el contrato con la compañía de ballet en la que esta bailaba y tan pronto como hubo acatado la orden del Jefe de que a partir de ese momento su carrera de bailarina había de terminar. «No debe uno casarse con una chica que tiene la cabeza puesta en otras cosas. Si el matrimonio no es la carrera de la mujer, no resultará un buen matrimonio».

Su actitud era totalmente victoriana, claro, pero aun así había mucho que decir a su favor. Cada vez que Edward miraba a su madre, cosa que hacía pocas veces aunque con mucho cariño, la veía como el reflejo perfecto de la actitud de su padre: una mujer que había cumplido serenamente con todas sus responsabilidades familiares y que al mismo tiempo conservaba sus entusiasmos de juventud por su adorado jardín y por la música. A sus más de setenta años se le daba bastante bien interpretar dúos con músicos profesionales. Edward, incapaz de discriminar entre las vetas más oscuras e intrincadas del temperamento que diferencian a una persona de otra, no veía por qué no iba Villy a sentirse tan feliz y satisfecha como la Duquesita. (La fama victoriana de su madre de preferir una vida sencilla —nada de comidas indigestas ni de lujos, ni pretensiones en relación con su aspecto ni con el de su familia y sus criados— le había valido tiempo atrás el apodo de Duquesa, abreviado por sus hijos a Duqui y alargado por sus nietos a Duquesita). En fin, él nunca le había impedido a Villy que tuviera *hobbies*: sus organizaciones benéficas, la equitación y el esquí, sus

chaladuras de aprender a tocar instrumentos musicales de lo más variados, sus artesanías (la hilandería, el telar y demás)..., y, si se paraba a pensar en las mujeres de sus hermanos (Sybil era demasiado intelectual para su gusto y Zoë, demasiado exigente), le parecía que no le había ido tan mal.

La prima de Louise, Polly Cazalet, llegó media hora antes a clase porque Louise y ella estaban haciendo crema facial con clara de huevo, perejil picado, hamamelis y una gotita de colorante de cochinilla para darle un tono rosado. Se llamaba Crema Milagrosa, y Polly había diseñado unas etiquetas preciosas para pegarlas a los tarros que les habían ido dando sus madres. La crema estaba en el cobertizo del jardín, dentro de un cuenco de pudín. Tenían pensado vendérsela a las tías y a las primas, también a Phyllis a un precio menor porque sabían que no tenía mucho dinero. De todos modos, había que vender los tarros a distintos precios porque casi todos tenían tamaños y formas diferentes. Louise los había lavado y también estaban en el cobertizo. Guardaban todo allí pues Louise había robado seis huevos de la despensa, además del batidor de huevos, mientras Emily estaba comprando. Le habían dado algunas de las yemas a la tortuga de Louise, pero no le habían gustado demasiado, ni siquiera mezcladas con dientes de león (su comida favorita) del jardín de Polly.

—Para mí que tiene una pinta rara.

De nuevo miraron la crema, deseando que tuviese mejor pinta.

—Me parece que la cochinilla no fue una buena idea; estaba verdosa.

—La cochinilla tiñe de rosa, so boba.

Polly se sonrojó.

—Ya lo sé —mintió—. Lo malo es que la crema parece una aguachirle.

—Eso no impide que sea buena para la piel. Además, con el tiempo se endurecerá. —Polly metió en la mezcla la cuchara que había traído para preparar los tarros—. Lo verde no es el perejil: tiene una especie de costra.

—Es normal que salga.

—¿Ah, sí?

—Pues claro. Piensa en la crema Devonshire.

—¿No crees que deberíamos probar a ponérsela en la cara antes de venderla?

—Deja de quejarte. Tú pega las etiquetas y yo preparo los tarros. Las etiquetas están fenomenal —observó, y Polly volvió a sonrojarse. En las etiquetas se leía Crema Milagrosa, y debajo «Aplique generosamente cada noche. Le sorprenderá cómo cambia su aspecto». Algunos de los tarros eran demasiado pequeños para ponerlas.

La señorita Milliment llegó antes de que hubieran terminado. Hicieron como que no oían el timbre, pero ya se encargó Phyllis de salir a decírselo.

—No serviría de nada vendérselo a ella —murmuró Louise.

—Pero si habías dicho que...

—No me refiero a Phyllis. Me refiero a la señorita M.

—Dios mío, claro que no. Sería como llevar leña al monte. —Polly era muy dada a entender mal las cosas.

—Lo de «llevar leña al monte» significaría que la señorita M es un bombón. —A las dos les entró un ataque de risa.

La señorita Milliment, una mujer bondadosa y muy inteligente, tenía la cara, como había observado Louise en cierta ocasión, de un enorme sapo viejo. Cuando su madre le había regañado por tan desagradable comentario, Louise había replicado que a ella los sapos le gustaban, pero a sabiendas de que era una respuesta deshonesto porque una cara que es de lo más aceptable para un sapo no es una cara que le pueda quedar bien a una persona. Después de aquello, el aspecto —francamente pasmoso— de la señorita Milliment solo lo comentaba en privado con Polly, y entre las dos habían inventado una vida de tragedia sin tregua, o más bien varias vidas, porque no estaban de acuerdo en cuáles eran las probables desgracias de la señorita Milliment. Un dato indiscutido era su antigüedad: había sido la institutriz de Villy, quien había admitido que ya entonces parecía vieja, y de eso hacía siglos. Decía «boticario» y «botica», y una vez le habló a Louise de cuando, de joven, cogía escaramujos en Cromwell Road. Desprendía un olor a ropa vieja, caliente y mohosa, que se notaba de manera especial cuando la besaban, cosa que Louise, como una especie de penitencia, se obligaba a sí misma a hacer desde lo del comentario del sapo. Vivía en Stoke Newington y venía cinco mañanas a la semana a darles tres horas de clase, además los viernes se quedaba a comer. Hoy llevaba su traje de punto verde botella y un gorrito de paja también verde botella con cinta Petersham, que coronaba su estiradísimo y grasiento moño gris. Comenzaron la mañana, como siempre, leyendo a Shakespeare en voz alta durante una hora y media.